

Es preciso manifestar, por lo menos de cierto en cierto tiempo, con acciones especiales, hechas únicamente con intención de mostrar que somos los servidores de Dios, que reconocemos la verdad de que estamos obligados á servir á Dios. <sup>(1)</sup> Bueno es que cumplamos cada una de nuestras obligaciones ordinarias con un acto de intención piadosa, y con el propósito de tributar á Dios el culto que le debemos, pues, sin esta relación á Dios, ninguna de nuestras acciones es completamente perfecta. Sin embargo, aun las buenas acciones de esta especie no constituyen el culto puro á Dios, es decir, no lo constituyen exclusivamente. Al realizar estas acciones, servimos á Dios, nadie lo pondrá en duda, pero nos servimos también á nosotros mismos y á nuestro prójimo, ya que, en primer lugar, hacemos esto, y luego viene el servicio de Dios. Ahora bien, esto no es suficiente, ni para nosotros ni para Dios, sino que debemos también realizar acciones que se refieran única y exclusivamente á Dios, y que no tengan otro fin que el de ofrecer á Dios nuestra fidelidad, nuestro reconocimiento, nuestra adoración, nuestro arrepentimiento y nuestra penitencia. Si reflexionamos en lo que es Dios y en lo que le debemos, toda palabra sobre este asunto está de más. De aquí que sea absolutamente necesario un culto particular de Dios para que el ejercicio de la religión sea completo.

Y es igualmente de toda evidencia que este culto á Dios debe manifestarse con actos externos. Un simple culto interior es contrario á la naturaleza del hombre. No queremos asegurar con esto que la exterioridad sea una cosa esencial en la religión; por lo contrario, hemos hecho resaltar con mucha frecuencia que el interior, la inteligencia y la voluntad, son las que deciden de todo. Así, pues, permanecemos fieles á lo que siempre hemos dicho. Sin fe, sin una virtud practicada por amor á Dios, no hay religión. Pero esto no implica que no deba añadirse un culto divino externo como coronamiento de la vida religiosa. Limitar-

(1) Thomas, *C. G.*, 3, 119; 2, 2, q. 81, ad 4, ad 5; a. 7; q. 84, a. 2.

se á una religión puramente interior, equivaldría á proceder con Dios del mismo modo que si un deudor tratase de exigir á su acreedor que se contentase con un reconocimiento verbal de su deuda y con su buena voluntad de querer pagarla. Pero limitar las obligaciones externas que uno debe tributar á Dios, en nombre de la religión, á las que uno debe ya cumplir en razón de obligaciones terrenales, y referirlas á Dios todo lo más como expresión de intención religiosa, sería—que se nos perdone la frase—una religión en mangas de camisa y delantal, una religión de taller, de obrador y de cocina. Dios merece de parte del hombre algo más que un trabajo ordinario lleno de sudor y polvo. Evidentemente, este trabajo le es un sacrificio muy agradable, y él nos lo recompensa magníficamente, si se lo ofrecemos acompañado de una buena intención y de todos los sacrificios de paciencia y de abnegación que nos cuesta; pero desde el momento en que le debemos todo cuanto somos y poseemos, es para nosotros obligación sacratísima consagrarle, en su honor, algunos momentos de nuestras horas y de nuestros días de reposo y de alegría. Por otra parte, no reclama más de nosotros.

**10. Religión natural y religión cristiana.**—Pero lo que hasta el presente hemos visto, reclámalo la religión de todos sin excepción, sería é íntegramente. Todos debemos encaminar nuestra inteligencia, nuestra voluntad y nuestras acciones á la glorificación de Dios. Todos debemos cumplir nuestros deberes como hombres con una elevación especial de nuestra inteligencia á Dios y con prácticas especiales referentes á su culto. Decimos como *hombres*, y no sin intención, ya que aquí no se trata de una obligación sobreañadida por el Cristianismo; por lo contrario, es una obligación puramente humana la de servir á Dios y reconocerle como nuestro Señor en palabras y obras. Nadie debe decir que vive como hombre, mientras no pueda convencerse de que tiene religión y la practica.

¿No ha añadido nada el Cristianismo á las obligaciones puramente humanas bajo este concepto? De hecho, en lo

que concierne á la religión, no podríamos citar nada esencial que uno esté más obligado á practicar como cristiano que como hombre. <sup>(1)</sup> Existen motivos más elevados, sobrenaturales, pero en el fondo no puede hacer más de lo que está obligado como hombre; sólo que está obligado á cumplir por modo más perfecto lo que tiene de común con todos los demás hombres. Si no tiene una inteligencia y un corazón diferentes de los otros hombres, debe, por lo contrario, ofrecerse con más solicitud y alegría como víctima á Aquél que ha aprendido á conocer, no sólo como Creador suyo, sino también como Redentor. Si el mundo sirve á su Señor y Dios, como en definitiva debe servirle, pues no puede prescindir de Él, ora contra su voluntad, ora por temor, ya por utilidad, ya, con frecuencia también, no podemos negarlo, en verdad y en justicia, el cristiano le sirve como á padre suyo que es, no por fuerza, como un esclavo, no con temor, aunque sí con santo respeto mezclado de temor, no simplemente por deber, sino con el amor de un niño que nunca puede satisfacer su anhelo. Si el mundo pregunta á cada paso: «¿Debo hacer esto?», el cristiano apenas se dará cuenta del mandamiento, pero, dispuesto á toda hora á ir más allá de la estricta obligación, sólo tiene una pregunta que hacerse: «¿Debo y puedo hacer esto?». Sólo tiene un sentimiento, el de no poder jamás apagar la sed de su corazón, el de ver cómo la debilidad de la naturaleza pone límites á su buena voluntad, y cubre de ceniza, y aun extingue, el fuego que arde en su pecho. Si el hombre que conoce sus obligaciones de hombre practica la religión, el cristiano no se contenta con esto, sino que procura vivir en la religión y de la religión. Tener religión y practicar la religión, es algo muy distinto que ser religioso. Entregarse á Dios y ofrecer de ello pruebas allí donde el deber lo exige, es una obligación que incumbe á todo hombre; pero se espera del que desea llegar á la altura de su vocación de cristiano, que guarde exactamente en el fondo de su inteligencia y de su corazón

(1) Augustin., *Retract.*, 1, 13, 3. *Ep.* 102, 12, 13, 21.

la disposición de entregarse á Dios, que con ella anime todas sus acciones, y que cada una de las manifestaciones de su religión no sea un penoso flameamiento intermitente obtenido por fuerza, sino una llama natural del fuego sagrado que arde en el altar de su corazón. Esto es lo que se llama vivir en la religión y de la religión, y á esto debe aspirar el cristiano.

**11. Religión y santidad.**—De aquí que los doctores cristianos tengan razón al decir que no hay diferencia esencial entre la verdadera religión y la santidad. <sup>(1)</sup>

El fuego del sacrificio y del amor, que la religión enciende en el corazón, no tolera impureza alguna en el alma. Imposible es que arda en el hombre, sin conducirlo poco á poco de la impureza á la pureza, y de la pureza á la santidad. Una religión que no vaya acompañada de serios esfuerzos hacia la purificación y la santidad, es ya, por esta sola razón, sospechosa, y tanto más sospechosa, cuanto que se figura estar embriagada de Dios y segura de poseerle. Lo que constituye la verdadera naturaleza de la religión no es la certeza de poseer á Dios, sino el esfuerzo para poseerle, no es el goce de Dios, sino los sacrificios para gozar de Él, no el reposo en la posesión de Dios, sino la sumisión de la vida entera á Él. Nada tiene que ver con arrebatos entusiastas, con tiernos sentimientos, sino que lo que á ella concierne son las luchas serias contra nuestros defectos, los esfuerzos viriles para cumplir el deber y practicar la virtud, los sacrificios dolorosos de un amor vivo y las aspiraciones no interrumpidas hacia lo que el alma ama y cree, aunque, con gran dolor suyo, no pueda abrazarlo como quisiera.

Por cuanto únicamente la religión da fuerza y robustez para las luchas y sacrificios, es indispensable á la humanidad. La vida no es un juego, digan lo que quieran los poetas. Sólo juega uno y sueña en los días de la infancia, y éstos son cortos. Muy pronto llegan los años de aprendizaje, después los años de lucha, de sacrificios, de decepción

(1) Thomas, 2, 2, q. 81, a. 8. Antonin., 4, t. 5, c. 8, § 3.

nes, de dolores, y, finalmente, la hora de la muerte. Y todo esto es serio, de una seriedad terrible y amarga. Ninguna sabiduría humana ayuda á pasar estos años. Para atravesarlos y no perder nuestro fin, es necesaria la religión, pero no una religión cualquiera, la primera que se ofrezca, sino la verdadera religión, la religión que es pariente próxima de la santidad.

Decía un día Claudio que, durante mucho tiempo, creyó tener religión, y religión sólida, pero que se evaporó al punto mismo en que acompañó á su hijo Matías á la tumba, y que entonces se dió cuenta de lo que era la seriedad de la vida y ese poder, único que nos conserva fuertes en las tempestades. Todos los hombres experimentan lo que él experimentó; pero sólo lo experimentan para su consuelo los que poseen una religión sólida, los que pueden decir con el Apóstol: «Pues, ¿quién nos separará del amor de Cristo? ¿Será acaso la tribulación, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó persecución, ó espada? Mas en todas estas cosas venceremos por Aquél que nos amó. Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni la fortaleza, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura, nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Jesucristo Señor nuestro». <sup>(1)</sup>

## 12. La religión es la piedra de toque del espíritu.

—Sí, es verdad: la religiosidad es la piedra de toque del espíritu. Si en nuestro interior hay orden, si el espíritu y el corazón están unidos, si en lo interior y lo exterior reina la armonía, aparecerá esto con más seguridad allí donde se manifieste la religión.

Si nuestra virtud es sólida, si la paciencia es legítima, si la humildad no está llena de hipocresía, si la fe está dispuesta á todo sacrificio, si nuestra sumisión á Dios está pronta en todo momento, esto se demostrará especialmente en la vida religiosa, pues tan sólo la vida religiosa puede producirlo.

(1) Rom., VIII, 35 y sig.

En la religión muestra el hombre la amplitud con que realiza su propia perfección; sólo por la religión es capaz de realizarla.

Con razón, pues, se ha dicho: «Muéstrame tu religión y te diré qué hombre eres». Pero con la misma razón puede decirse: «Si quieres ser hombre perfecto, practica la religión, pero la verdadera, la perfecta religión».